

LAS CAMPANAS

Lula D. Constantinidou

¿Vamos a tocar las campanas?

¡Pero claro, vamos!

Eramos tres. Sofía, Artemis y yo. La primera era prima y vecina. El muchacho, nieto del capitán que vivía en la casa más abajo de la nuestra. Allá, luego de muchos años lo recuerdo. A la mamá y al papá de Artemis no los conocí nunca. Dicen que desaparecieron en la catástrofe de Esmirna. El muchacho se salvó con su abuelo y llegó al Pireo el año 22.

Teníamos casi la misma edad los tres. Artemis era un poco mayor, pero no lo demostraba, así pequeño y delgado como era. Unas veces jugábamos al lado del patio de la casa, otras en la calle. la casa grande y alta, en la cumbre de la ciudad, tenía vista hacia la capital, el puerto, el mar. Veíamos, nosotros los primeros, cuáles embarcaciones llegaban, cuáles salían.

¡Entonces, bien! ¿Quién subirá las escaleras para desatar la cuerda?, pregunto Artemis, mientras ascendíamos a San Nicolás, la capillita cercana, en el crepúsculo del mes de diciembre.

¿Saben que si no se desata la cuerda no suenan las campanas?

¡Claro que lo sabemos! ¿Acaso nos consideras unos verdaderos tontos?

Bueno..., tontos no, pero yo no quiero echarme, primero, el pecado sobre mí

Nos detuvimos vacilantes. ¿Y acaso era pecado tocar las campanas sin motivo?

¿Quién te dijo a ti, Artemis, que es pecado tocar las campanas sin una causa?

Ah, ... bueno, ¿no saben siquiera esto? ¿Tan tontos son ustedes dos? Las campanas las tocan en fiestas y duelos, en solemnidades, en grandes peligros, en catástrofes, como se dice, cuando corre peligro alguna embarcación, o cuando llega alguna autoridad a la isla.

¿Qué autoridad?, preguntó Sofía.

Puede ser el gobernador, digamos, algún ministro, o algún obispo, y que sé yo quien más.

Y cuando nosotros las toquemos, ¿qué sucederá? Volvió a preguntar la prima.

Alertamos en vano a toda la isla. Hasta es posible que puedan asustarse. Quién sabe.

Sin embargo, mientras cambiábamos esas palabras habíamos subido hasta la capilla del mar. Apenas caía una suave llovizna. Llegaba el crepúsculo de la tarde, marítimo, brumoso, húmedo, invernal. La isla completa navegaba por el Egeo, acompañada lejanamente por algunas cumbres Cícládicas. Se acercaba el fin de año y diciembre había traído muchas lluvias y mucho frío. Una época en que las embarcaciones casi no salen al mar para la pesca. Solamente el abuelo de Artemis no tomaba en cuenta el agitado oleaje marítimo y alguna vez salía a pescar.

Llegamos abajo del campanario y esperábamos a ver quién tomaría primero la determinación. Finalmente, no me contuve más, abrí la puerta y ascendí por los escalones. Muy cerca de las dos campanas se posaban algunas palomas. Se asustaron cuando me sintieron llegar en la penumbra, se movieron rápidamente y luego volaron.

Desaté la cuerda y la dejé caer. Descendí velozmente. Yo, primero, quería poseer esa alegría. Tocar la gran campana para que penetrara en mi alma la dulzura de su música. Así, mismísimamente como me despertaba en la mañana del domingo...

Jalaba la cuerda, pero era difícil tal movimiento. Necesitaba fuerza. Sofía y Artemis cogieron la segunda cuerda y comenzaron a tocar con gran vigor la otra campana, la más pequeña. Yo tenía que afanarme muchísimo con la campana grande, pero su sonido resultaba incomparablemente hermoso, grave, absoluto. Y las dos campanas juntas parecían una festividad celestial, un verdadero himno que no se comparaba con nada. Cuánto duró esta alegría nuestra, no lo sé. Pero rápidamente volvimos en nosotros mismos, dejamos las cuerdas desatadas a su propia suerte y nos escapamos corriendo. En la huida y durante el crepúsculo, ¿cómo fue que no nos desbarrancamos por ahí?

Descendíamos por la pendiente a nuestro barrio; y los tres nos hicimos los ignorantes. Pero aquí, en las calles y en los patios, las personas se preguntaban:

¿Qué sucede? ¿Por qué repican las campanas?

¡Cómo quieres que lo sepa!

¿Acaso no escuchaste nada?

No, por eso salí así como me ves, tía. Voy a preguntar a la otra calle. Levemente sonreíamos y los tres nos apretábamos las manos. Nos mezclamos entre la gente y también nosotros partimos hacia la orilla de la playa. Allá, donde se encontraba todo el mundo. ¡Y allí nos enteramos también nosotros del acontecimiento! Acababa de llegar el obispo de Sira, dicen, para celebrar con nosotros la Navidad. Para descansar un poco en nuestra isla, para orar cerca del santo de la isla. Y cuanta alegría le dio, el que aún antes de llegar en barquito al puerto, escuchara las campanas resonar festivamente para él. Sonreía, porque esto lo guardaba en secreto, es decir, para darnos una sorpresa con su visita. También cargaba consigo algunos regalos que harían palpar más rápidamente a los corazones de muchos. Y aquella enorme caja con notorios sellos y cintas rojas de la Cruz Roja, ¿qué grandioso espectáculo resutaba todo aquello? Y qué no había en ella para el mundo infantil de la isla: vestimentas, libros, golosinas, juguetes, ¡todo lo mejor del Paraíso!

¿Quién lo supo?, ¿por qué tocaron así las campanas?

San Nicolás, niños. El vio desde lejos el barquito y lo contó.

¿A quiénes?

A los ángeles, a quiénes más...

Estas cosas decían las muchachas de la isla y nosotros al igual que ellas, las creíamos. Y regresamos a nuestras casas para contarlo en el barrio, ¡donde las lucecitas se encendieron completamente y parecía el mejor árbol de Navidad de todo el mundo!

Trad. R. Quiroz Pizarro